

FIDELIDAD MATRIMONIAL

Recordado amigo:

He pensado mucho en nuestras conversaciones acerca de tu indecisión respecto a la continuidad de tu vida conyugal. Con el deseo de que reflexiones con calma sobre lo tratado, te escribo a sabiendas de que puedo lastimarte con alguna de mis consideraciones. Lo hago ambicionando que estas letras llenas de amistad sean capaces de dejar tu corazón herido de amor por tu mujer y tus hijos.

Quieres marcharte en busca de una felicidad que no encuentras entre los brazos de tu esposa. Yo sigo pensando que el camino de la felicidad verdadera está en la fidelidad. Quien no es fiel se expone a no poder ser feliz en esta vida y quizá tampoco en la eterna. El vínculo matrimonial -libremente contraído- exige una recíproca e inquebrantable donación. Uno y otro se pertenecen y ninguno de los dos puede disponer de sí mismo para ofrecerse a otra persona.

El consentimiento dado el día de la boda, encierra la condición necesaria de no intentar recobrar lo que entonces se entregó. Al unirse en matrimonio ante Dios, la Iglesia y los seres queridos, se prometieron solemnemente fidelidad mutua en todas las circunstancias, felices o adversas; amor y respeto mutuo para toda la vida.

Tú insistes en que ya no amas a tu mujer y que buena parte de la culpa es suya. Te concedo que ella también ha de asumir la responsabilidad de no haberte sabido conquistar, especialmente cuando comenzó a percibir que tu cariño iba siendo menos suyo.

Pero esta parte de verdad no te exime de culpa, porque el amor que ofreciste tuvo que ser verdadero, maduro, capaz de sacrificio y resistente al paso de los años y al cansancio. Sabías que la decisión de la voluntad lleva consigo el esfuerzo para superar los riesgos de la infidelidad: egoísmo, separaciones prolongadas, silencios resentidos; el envejecimiento natural, la vanidad de sentirse halagado por otras manifestaciones de afecto o de atención.

A lo que puede añadirse un excesivo sentimentalismo estimulado por la imaginación, el afán de nuevas experiencias, el hastío de una vida que tú juzgas monótona, la pretendida razón de un cambio que no ves justificado en tu esposa, la ansiedad por aferrarte a postreras posibilidades de conquista, pasajeras temporadas de disgusto, faltas de comprensión.

Y tantos otros aspectos, pequeños en apariencia: la comida fría, la soledad de muchos de tus regresos, los diálogos insustanciales, los reproches y reclamos que te parecen injustificados, que van repercutiendo cada vez más hondamente, en tu vida personal y que ninguno de los dos ha sabido evitar o superar.

VII CONVENCION NACIONAL

MAYO 27 AL 29 DE 2016

LAR

Hay un peligro mayor, que está en acecho y que tú ya has descubierto: la infidelidad del corazón. Puede comenzar en forma sutil con una falta de confianza y de comunicación entre los dos, un real o aparente desafecto o irascibilidad, incompreensión, soledad, que se quieren compensar con una vida social profesional demasiado intensa, unida a expansiones de amistad y simpatía con otras personas con quienes parece que se comparten mejores afectos.

Si esto no se reconoce pronto y se corta de raíz, la estabilidad matrimonial se ha puesto a prueba y pronto aparecerá el fantasma de la separación o el intento absurdo e imposible del divorcio. ¿Verdad que aceptas que todo esto tiene mucho de cierto?

Una razón para luchar

¿Cuántos motivos intenta entonces aducir la mente contra la voluntad divina de la indisolubilidad del matrimonio! Que sólo son escapismos irresponsables: Si ya no amo a mi esposa -o a mi esposo- ¿por qué he de seguir unido? ¿Por qué no puedo rehacer mi vida y encontrar la felicidad de otra manera? Si amo a otra mujer -a otro hombre- ¿por qué he de permanecer atado a quien ya no deseo?

¿Por qué? Por 'fidelidad'. Un amor que existió sigue estando ahí presente, en el corazón. Un amor que dió origen a una alianza conocida como indisoluble, no puede desaparecer tan fácilmente, a menos que fuerzas extrañas intervengan, que no se quiera cultivar o que, en los momentos de crisis, no haya paciencia para conllevar al otro ni esperanza para luchar por una solución.

Por fidelidad a una vocación compartida, en la que has sido llamado por Dios para formar con tu esposa -¡y tú, mujer, con tu marido!- una sola carne, un solo ser. Por fidelidad a un compromiso libremente contraído ante Dios de no abandonar a tu consorte "hasta que la muerte os separe". ¡Cuántas tragedias y cuántas amargas soledades ha producido la infidelidad a este convenio de amor que todos los esposos deben tener por sagrado!

Por fidelidad a Dios, quién estableció -Él mismo- la indisolubilidad como propiedad esencial del matrimonio. Y Él sabe más que nosotros y dispuso las leyes básicas del matrimonio según lo que mejor responde a nuestra naturaleza racional -de verdadera felicidad-, ofrece mayores garantías para la prole engendrada y se compagina perfectamente con la calidad de signo de amor fiel entre Cristo y su Iglesia, que tiene el matrimonio entre cristianos.

Fidelidad, que es coherencia con la sacramentalidad del matrimonio, la cual ofrece la presencia permanente de Dios en el hogar, dando frutos de santidad, de divinización, de gracia y de paz en el seno de ese consorcio de vida que se inició ante el altar. ¡Si se pudiera calibrar la pérdida, el empobrecimiento en que se cae en el orden sobrenatural, cuando se intenta romper ese vínculo indisoluble!

VII CONVENCION NACIONAL

MAYO 27 AL 29 DE 2016

LAR

Por fidelidad a unos hijos que tienen todo el derecho a que sus padres -que los trajeron al mundo sin su permiso- no les arrebaten la posibilidad de crecer en un hogar propio con sus verdaderos progenitores, de gozar de ese cálido afecto que solo pueden dar los padres auténticos. ¡Qué dura existencia la de tantos hijos cuyos padres cedieron a la tentación de la separación o del divorcio civil, por no haberse esforzado con todas las energías para vencer la adversidad!

La vida conyugal, preciosa palestra

Entonces, ¿qué puedo hacer? He oído preguntar a muchos como tú, asediados por las dificultades, por el espejismo de soluciones fáciles y cómodas ante el empobrecimiento del cariño conyugal. ¿Qué puedo hacer?

Y la respuesta obvia es: ¡luchar!

¡Luchar! Hasta vencer los obstáculos que se hayan encontrado. ¿En qué matrimonio no hay roces y problemas? Precisamente es el sentido de la fidelidad sin retroceso lo que hará sacar fuerzas de la flaqueza, para vencer. No hay otro camino lícito y noble; luego lo tengo que lograr por éste. ¡Qué diferente la postura de cobardía infiel de aquel que, ante la primera contrariedad más o menos seria, ya empieza a barruntar su deserción!

¡Luchar! Para superar -con espíritu de comprensión, que es buena caridad- las diferencias de carácter, los mutuos reclamos, los defectos y hasta las ofensas. Qué necesario se hace restaurar las heridas, perdonar los agravios y encontrarse de nuevo en la mutua aceptación y en el perdón, acogiendo el consejo del Apostol: *Si os enojáis, no pequéis, ni dejéis que se ponga el sol sobre vuestra cólera.*

Aún para casos extremos, en los que se ha llegado al exceso de faltarse al respeto, lesionando simultáneamente el precepto de la caridad que nos legó Cristo, todavía existe solución. Basta acoger la llamada evangélica a la conversión, dirigida a quienes no han sabido conservar la gracia santificante.

El arrepentimiento y el perdón mutuo, que tanta parte tienen en la vida cotidiana, hallan su momento sacramental en la Penitencia. De esta manera, allí donde no alcanzó el amor y la comprensión, lo remedia y lo colma el dolor, que reconstruye y perfecciona la unión matrimonial por medio de la Confesión.

Sí. Luchar para reconstruir la alianza conyugal. Para rehacer los muros de ese templo matrimonial que se han ido cayendo. A veces, porque no se remediaron a tiempo ciertas grietas, y a veces también, porque se puso dinamita en los cimientos. Es necesario saber que siempre se puede reemprender la construcción, aunque para ello haya que dedicarse a recoger del suelo, con amor y sacrificio, los restos del edificio en ruinas.

VII CONVENCION NACIONAL

MAYO 27 AL 29 DE 2016

LAR

¡Luchar! Contando con las propias fuerzas, aunque a veces sean escasas, y con las del cónyuge, que quizá también lo sean. Pero sabiendo que la caridad convierte la flaqueza en fortaleza y la vida de la gracia nos da la misma fortaleza de Dios.

¡Luchar! Confiando sobre todo en la gracia de estado que nunca falta a quienes han recibido el sacramento del matrimonio. De ello puedes estar seguro. Es Palabra de Dios. No puede fallar.

¡Luchar! Sabiendo mirar profundamente a los ojos del otro, donde aflora, con timidez al comienzo y luego, tal vez a borbotones, un abismo de dolor y de deseos que no alcanzan a manifestarse abiertamente, quién sabe si por salvaguardar un resto de dignidad y pundonor adoloridos.

¡Luchar! Mirando el rostro de los hijos cuando gritan en silencio que ellos -en definitiva- serían las víctimas inocentes de una determinación irresponsable, apoyada en un sinfín de sinrazones.

¡Luchar! Desde el comienzo hasta el fin, con la certeza de que nada está irremediablemente perdido, que se puede volver a comenzar, que la esperanza siempre abre la puerta si se llama con insistencia y generosidad.

¡Luchar! Para evitar que aparezca -aunque sea de lejos- el espectro de la infidelidad, sabiendo poner los medios para cortar prontamente con la imaginación, cuando despunta en el horizonte la duda o la desconfianza. "Es mejor prevenir que curar", enseña la sabiduría sencilla del pueblo. Y entre los medios para vivir esta enseñanza, el primero será el empeño constante por mantener e incrementar el amor que motivó la unión de los esposos, con delicadeza y cariño, con actitud comprensiva que no conozca desaliento.

Nunca es tarde para recomenzar

Esto queridísimo amigo, todavía es posible. Recapacita en un consejo que se debe seguir siempre: los casados no pueden sacar de paseo su corazón con la morosidad de un taxista en busca de pasajeros. A quienes juegan de este modo, se podrían dirigir las palabras de *Camino: Me das la impresión de que llevas el corazón en la mano, como ofreciendo una mercancía: ¿Quién lo quiere?*

O aquellas del mismo libro que su autor dirige a quienes se han entregado a Dios, pero que son igualmente aplicables a quienes, en el orden humano, deben tener su corazón totalmente dedicado a la vida matrimonial... *¿No es cierto que al descorrer algún cerrojo de tu corazón? -siete cerrojos necesitas- más de una vez quedó flotando en tu horizonte sobrenatural la nubecilla de la duda..., y te preguntas, atormentado a pesar de tu pureza de intención: ¿no habré ido demasiado lejos en mis manifestaciones exteriores de afecto?*

Guadalajara

LAR

VII CONVENCION NACIONAL

MAYO 27 AL 29 DE 2016

LAR

Y cedo a la tentación de copiarle un punto más, para que medites y tú mismo lleves a la consideración de otros esposos que pasan por estas difíciles circunstancias: *"Ah, si hubiera roto al principio", me has dicho. -Ojalá no tengas que repetir esa exclamación tardía.*

Qué buena es la fidelidad matrimonial al conceder a los esposos una base firme y segura para su felicidad, y a los hijos la tranquilidad de un hogar en donde puedan vivir y formarse sin sobresaltos. junto con la fe en el valor de eternidad de mantener incólume la alianza conyugal, es una de las razones más poderosas para no abandonar la lucha, ésta de la lealtad con los hijos. Ellos tienen necesidad de hogares verdaderos, en donde aprendan a ser hombres y mujeres de valía.

En un mundo estremecido por el odio, la indiferencia y la deslealtad, la familia es una magnífica escuela del amor, lo cual es su razón suprema, en la que ningún organismo social o político, estatal o privado, podrá reemplazarla. Y el amor fiel es la raíz de la vitalidad de una sociedad, el mayor poder humano: es el fundamento de toda fuerza creadora. Si el amor fiel se llegara a suprimir, desaparecería el hombre. Y esto es lo que está en juego cuando hablamos de la fidelidad matrimonial: el presente y el futuro de todos los niños del mundo y de la sociedad que ellos están llamados a forjar.

La posibilidad de amar y ser amado sin temor a engaños, hace digna la vida humana, puesto que es allí donde se realiza y se encarna la semejanza con Dios impresa por el creador. Todo bienestar se rebaja y palidece cuando le es negada al hombre la seguridad de su amor. El amor fiel hace que entre el esposo y la esposa -y entre ellos y los hijos- haya una prontitud para el sacrificio que no es posible hallar en otra parte. Es dentro de la familia constituida por la constancia en el querer, donde se aprenden las formas del amor, del sacrificio, de la confianza, cosas de cuya existencia depende todo en el mundo.

Mientras más y mejor se conserve el amor entre los esposos, mayor amor se irradia en la sociedad. Cuanto mayor sea en el centro, su fuego alcanzará más eficacia en la periferia. Pero si, por la infidelidad, la separación y el divorcio, esa fuente se seca o se destruye, ya no habrá fuerza humana que pueda reemplazarla. Los hijos tienen hambre de amor, de cariño y de comprensión. Esto sólo pueden darlo los esposos fieles. Salvar el propio hogar y velar de esta manera por la seguridad de la familia, es el mejor regalo que puedes hacer a tus hijos.

Hagamos, pues, querido amigo, un firme propósito de enmendar el error. Con tu contrición y con el recomienzo de tu legítima vida conyugal, gritarás a todos los vientos que no hay nada que proporcione mayor felicidad que la fidelidad. Grítalo al oído de todo el que vacila. Continúa creando en la casa y a tu alrededor ese ambiente de hogar unido y sólido que la Patria y la Iglesia necesitan. Y vuelve a encontrar y dar alegría entre los tuyos, aspirando a llegar hasta el final, con toda la familia, a ese Hogar del Cielo que Dios ofrece como premio inapreciable a quienes no le han traicionado en el hogar que les confió en la tierra. (Nota elaborada en base al libro "Amor y Matrimonio" de Eugenio Fenoy y Javier Abad)

Guadalajara

LAR